



El próximo Barrán. Recuerdos, ideas, hipótesis¹

Gerardo Caetano²

Universidad de la República SNI

A Juan Pedro Barrán Capurro

Conocí en forma personal a José Pedro Barrán entre fines de 1978 y comienzos de 1979. El ya era un referente primordial para los historiadores jóvenes que por aquellos años difíciles hacíamos nuestras primeras armas en investigación, en el marco del Programa de Historia del CLAEH que dirigía Carlos Zubillaga. Habíamos leído con pasión muchos de sus libros, sabíamos que había sido destituido por la dictadura y que había sufrido un fuerte quebranto de salud. Barrán acababa de publicar en junio de 1978 con Nahum el último tomo de la colección *Historia Rural del*



257

1. El texto siguiente retoma y profundiza algunos pasajes de un trabajo anterior del autor: Gerardo Caetano, "José Pedro Barrán o "la historia como hazaña de la libertad", en (Varios autores), *José Pedro Barrán. Epílogos y legados*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 2010, pp. 193 a 220.

2. Gerardo Caetano es Doctor en Historia por la Universidad Nacional de La Plata, Argentina. Coordinador Académico del Observatorio Político del Instituto de Ciencia Política, Universidad de la República (desde el 2005 a la fecha). Entre el 2000 y el 2005 fue Director del citado Instituto. Director Académico del Centro para la Formación en Integración Regional. Es miembro de la Academia Nacional de Letras y de la Academia Nacional de Ciencias del Uruguay. Miembro correspondiente de la Real Academia Española y de la Academia Nacional de Historia de la República Argentina. Investigador Nivel III del Sistema Nacional de Investigadores. Investigador y Catedrático Titular Grado 5 en la Universidad de la República. Autor de numerosas publicaciones en áreas de su especialidad. Ha obtenido varias distinciones y premios académicos nacionales e internacionales por su obra.



Dos generaciones:
junto a su hijo
Pedro. (Fotografía
de Marcelo
Isaurralde)

*Uruguay Moderno*³ y en ese enero de 1979 escribía lo que iba ser un prólogo pero se convirtió en el Tomo I de la nueva colección que estrenaba también junto con Nahum, *Batlle, los estancieros y el Imperio Británico*.⁴ En muchos pasajes de *El Uruguay del Novecientos* se prefiguraban muchos de los nuevos temas, intereses y preguntas que por distintos motivos ya por entonces comenzaban a inquietar a un Barrán cuarentón. Lo conocí en una de aquellas reuniones en la que los historiadores uruguayos de entonces, aquellos que todavía residían en el país (Barrán, Nahum, Zubillaga, Jacob, Rial, entre otros), se convocaban para discutir sus trabajos y proyectar un mejor futuro para el desarrollo de la disciplina, en un país todavía sometido a una férrea dictadura.

Para los más jóvenes aquellas reuniones eran instancias casi épicas en las que celebrábamos el poder escuchar a quienes considerábamos nuestros maestros y en las que a veces, solo a veces, nos animábamos a intervenir con alguna pregunta y con alguna reflexión. Todos sentíamos, sin duda los más jóvenes, pero creo que también los más experimentados, que discutiendo sobre nuestras investigaciones calificábamos nuestro oficio y que de esa manera también contribuíamos para apresurar el fin de la dictadura y la recuperación democrática. Recuerdo muy especialmente que en una de las primeras reuniones tocó el comentario de un artículo que había escrito en colaboración con Jorge Balbis y que había sido publicado en la revista *Cuadernos del CLAEH*.⁵ Como lo vería hacer en tantas oportunidades en el futuro, Barrán fue riguroso pero sumamente generoso en sus comentarios, preocupándose especialmente por alentar nuestro trabajo y por tratarnos de igual a igual, sin paternalismos. En aquellas reuniones nació una amistad fraternal y entrañable, cimentada en un sinfín de sintonías, un vínculo que perduraría y se incrementaría durante más de treinta años y que aun hoy me acompaña siempre.

Fue así que la vida me regaló la oportunidad de ser testigo muy cercano de lo que creo en verdad fueron los años culminantes en la trayectoria de Barrán como historiador y también los más felices y plenos de su vida. Era muy pudoroso y sobrio para hablar de sus afectos e intimidades, solo lo hacía en familia y entre sus amigos más cercanos. Pero con ellos aprendió a compartirlo todo, de manera muy radical y generosa, de lo cual podemos dar fe algunos pocos. No puedo ni quiero transgredir aquel pacto tácito de intimidades. Forma parte de un afecto

3. Cfr. José P. Barrán-Benjamín Nahum, *Historia Rural del Uruguay Moderno. Tomo VII. Agricultura, crédito y transporte bajo Batlle. 1905-1914*, Montevideo: EBO, junio 1978, 199 páginas.

4. Cfr. José P. Barrán-Benjamín Nahum, *Batlle, los estancieros y el Imperio Británico. Tomo I. El Uruguay del Novecientos*, Montevideo: EBO, diciembre 1979, 278 páginas.

5. Cfr. "Los sectores conservadores ante el modelo batllista. La coyuntura de 1916", en *Cuadernos del CLAEH*, N° 18, Montevideo, abril-junio de 1981, pp. 43-77.

especialísimo que ha estado y estará más allá de la muerte. Por eso es que en las páginas que siguen, aunque me cueste dejar la primera persona (de la que recelo en especial en la escritura), las ideas y las hipótesis predominarán sobre los recuerdos, en especial sobre aquellos más personales.

Las consideraciones que siguen no me han resultado sencillas. Por ello están muy recostadas en la profundización de textos y análisis anteriores. No puedo ocultar que a cuatro años de su muerte todavía me cuesta muchísimo hablar y escribir sobre Barrán y su obra como objetos de análisis. Aunque su presencia entre nosotros es permanente y cotidiana, se lo extraña mucho, demasiado. En particular, su último periplo del que trata este artículo, el análisis de su última agenda, la “despedida” de su último libro, sus reportajes, compromisos y discursos del tramo final de su vida, mantienen un aura de inspiración muy fuerte. Como me preocupo por señalarlo siempre, se trata de consideraciones que no ocultan la admiración del discípulo y el cariño de una amistad fraternal muy intensa, que como toda relación con un maestro tuvo –y tiene– mucho de filial. Creo que este reconocimiento no obsta para el carácter académico de este abordaje.

Cabe una última aclaración introductoria que tiene que ver con el título y con la dedicatoria de este texto. Tengo infinitos motivos para expresar una enorme gratitud por todo lo que le debo a José Pedro Barrán. Entre esos motivos figura el gran honor que me concedió para ser quien presentara muchos de sus libros, en especial el último. Siempre que presenté sus libros señalé una convicción que no nacía de la amistad sino del análisis riguroso: si bien sus trabajos siempre fueron magníficos, una y otra vez estuve seguro que deberíamos esperar al próximo libro para encontrarnos con el mejor Barrán. Y con su pasión y su talento de investigador, él nunca defraudó esa expectativa. Cuando con Marcelo Viñar y Daniel Gil presentamos su libro sobre la intimidad, la moral y el divorcio en el 900, sabíamos bien –también él, por supuesto– que entonces no habría próximo y que comenzaba la despedida. Sin embargo, cuando releo sus textos, cuando buceo en su recuerdo, cuando a cada paso me reaparecen sus dichos y su pensamiento ante circunstancias concretas de la vida cotidiana, cada vez me persuado más que él sigue entre nosotros. Sus ideas, en particular las de su último periplo, nos siguen interpelando y se renuevan en cada una de nuestras propias indagatorias, que siempre lo tienen como acicate e inspiración, a menudo como interlocutor imaginario. Sigo pensando que el mejor Barrán nos aguarda tras la relectura y el recuerdo, que sus aportes han dejado muchas pistas todavía no descubiertas y que deben ser trabajadas en plenitud. Es por eso que creo que para entender al “último” Barrán hay que hablar del “próximo” Barrán. Y también ese es el motivo para que no haya encontrado mejor opción que dedicarle este trabajo a Juan Pedro Barrán Capurro, el segundo de



sus nietos recién nacido este año, a quien todavía no conozco pero cuya sola mención me emociona.

La última agenda: ideas, revisiones sobre el oficio, hipótesis y convicciones

Fueron los últimos veinte años de la vida de Barrán, los que van desde la publicación del Tomo I de la *“Historia de la sensibilidad”*, *“La cultura bárbara”*, en 1989, hasta su muerte acaecida en setiembre del 2009, un período verdaderamente culminante de su trayectoria intelectual. Obsérvese de paso el muy particular tramo histórico que sirvió de marco de época a su última trayectoria. Lector atento y actualizado de la producción de su disciplina, pero también abierto a otros campos científicos y culturales, Barrán pudo comprometerse de forma muy radical con la empresa de comprender a cabalidad los aspectos que más le interesaban e interpelaban del mundo en mutación vertiginosa que le tocaba vivir. Su curiosidad fue más intensa que extensa, se focalizó en aquellos temas que eran los ejes de su preocupación como historiador y en general desdeñó adentrarse en otros escenarios. Sentía que expandir su mirada podía quitarle fuerzas y disponibilidad para profundizar de veras en sus intereses prioritarios, cada vez más acuciantes.

Sin embargo, como lo prueban muchos textos de sus últimos años, su voluntaria especialización –que defendió a capa y espada contra las múltiples demandas que le llegaban– no le inhibió de asumir en ocasiones especiales el riesgo de reflexiones que buscaran una interpretación más abarcativa de su tiempo. Desde el rigor del investigador radicado a plenitud en su parcela de intereses, se preocupó en determinadas instancias por comprender –y ayudar a comprender– el “giro de época” de su contexto histórico. En verdad sintió en profundidad la inflexión de esas dos décadas. En ese sentido, no resulta casual que el último capítulo de su último libro haya estado dedicado a interpelar su contemporaneidad, esa operación que cultivaba mucho en su vida cotidiana pero que en general resistía sumar a su trabajo intelectual más público, expresado sobre todo en sus libros.⁶

De allí que revista un interés especial repasar algunos núcleos prioritarios de sus indagatorias de esos últimos años, en tanto reveladores de intereses y definiciones que de algún modo terminaron por culminar su faena como historiador y como intelectual comprometido con su tiempo. En ese sentido, en el inicio de una reseña no necesariamente secuencial ni jerarquizada de los asuntos que marcaron su agenda

6. Cfr. José Pedro Barrán, *Intimidación, divorcio y nueva moral en el Uruguay del Novecientos*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 2008, pp. 297 y ss. (Capítulo 8. *“Impresiones: la nueva moral privada del novecientos y la actual”*).

intelectual en esos años, habría que señalar en primer término su crítica creciente a toda visión determinista de la historia, con la recuperación alternativa de un sentido más contingente de las tramas del pasado. Ello lo llevaba a un distanciamiento cada vez mayor respecto a las interpretaciones de cuño más o menos “estructuralista”, del tipo de las que partían de la base de que “el pasado había sido lo que debió ser, lo único que pudo ser, [...] un juego a escrutar regido por un mecanismo de relojería entre fuerzas económicas, sociales, culturales y políticas”⁷

Esa visión sobre la indeterminación radical de todo proceso histórico lo llevaba a converger en la necesidad de explorar más hondamente en torno a los márgenes de libertad de los sujetos históricos concretos, frente a las estructuras de poder antes consideradas poco menos que imbatibles y absolutamente dominantes.

A las explicaciones del pasado que reducen sus claves explicativas a la fuerza con que la clase dominante, la economía capitalista, el Estado moderno o la mentalidad colectiva modelan a los integrantes de la sociedad, es legítimo oponer la riqueza y la diversidad de la vida real, riqueza y diversidad que solo puede denotar la compulsa de los más variados testimonios. [...] Porque son los sujetos históricos concretos los que lidiaron y lidian con las fuerzas impersonales, y es de esa lucha que surge la realidad global y es esa contienda la que el historiador no debe omitir. Nuestro objetivo debe ser acercarnos lo más posible al hombre concreto y sus experiencias interpersonales para poder observarlo como ser a priori libre de cualquier determinismo estructural, y estudiar sus estrategias –que a veces solo pueden ser estratagemas– frente a los poderes ...⁸

De allí que Barrán insistiera tanto en sus últimos años en la “virtualidad de posibilidades” del pasado como objeto de investigación. Esto lo llevaba a enfatizar en los espacios de “libertad, azar y conflicto” como claves indispensables para recuperar la dignidad de los hechos, la peripecia específica de los hombres concretos, en procura de reconstruir “un pasado que tiene del presente su cualidad más viva, la de no estar nunca completo, la de poder ser siempre diferente a como se le describe”.⁹

Por cierto que ese rechazo al determinismo contenía como base una profunda reconceptualización del poder, noción en la que resultaba inculcable la influencia de sus lecturas de Foucault. El propio Barrán no ocultaba esa filiación de su pensamiento. “El poder o los poderes -como quiere

7. Discurso de asunción como Académico de Número de la Academia Nacional de Letras, titulado por el autor “*La Historia y el discurso del idiota*”. Fue pronunciado el 27 de diciembre de 1998 e incluido en la antología del libro (Varios autores), *José Pedro Barrán. Epílogos y legados... ob. cit.* p. 173 y ss.

8. *Ibidem.*

9. *Ibidem.*

Foucault- no lo controlan todo”.¹⁰ Era esa pista la que él privilegiaba para poder entender más cabalmente la circunstancia del “sujeto contemporáneo” o “posmoderno”, que tal vez concentraba su interés especial desde su proclividad de siempre al acercamiento al mundo de los jóvenes –que era el de sus alumnos, a los que se dedicaba de modo particular y sincero– o desde la interpelación que allí podía encontrar en relación a sus propios valores y comportamientos.

Con su afirmación individualista extrema el hombre contemporáneo puede olvidar los presupuestos sociales, económicos, culturales y políticos básicos que permiten su “egoísmo”. Pero también nosotros, al ver en ese hombre sólo su “egoísmo” ante lo público (¿debería decirse, frente al “antiguo” concepto de lo público?), podemos olvidar que el derecho a ser como se es o se quiere ser, forma parte del intento de liberación del individuo que se halla en la historia de Occidente.¹¹

En su análisis del “hombre posmoderno”, el descubrimiento de la búsqueda de libertad, de “desenmascaramiento” y, tal vez en especial, lo que registraba como “la nueva utopía colectiva de la felicidad personal”, entusiasman mucho a Barrán. Sin embargo, ello no le impedía advertir sus contradicciones y contrariedades. Podía descubrir en la subjetividad posmoderna los efectos previsibles de una “wagneriana” “caída de los dioses”, pero ello no le inhibía de registrar los nexos entre las injusticias del nuevo capitalismo y esa pulsión egocéntrica, con las consecuencias de la degradación de los nuevos vínculos interpersonales y la erosión de lo público. En ese contexto, destacaba muy especialmente “la fragmentación de los afectos del sujeto”. En la misma dirección, no dejaba de problematizar lo que entendía como la simplificación de un inevitable “casamiento entre individuación y conformismo”, advirtiendo de paso su convicción acerca de que “ningún orden social que impida claramente la autorrealización personal será aceptado por el sujeto posmoderno”.¹²

Parece plausible entonces postular la hipótesis de que estas convicciones personales –su creciente antideterminismo, su reconceptualización en torno a los límites y alcances de todo poder y su acercamiento a una interrogación cabal, no sesgada a priori, en torno al “sujeto

10. José Pedro Barrán, “Conciencia de sí e Historia”, texto identificado en su archivo informático, fechado en 2003 e incluido en forma completa en la antología de sus escritos inéditos publicada en “José Pedro Barrán. Epílogos y legados”, pp. 47 y ss. Versiones de este texto fueron publicadas por el semanario *Brecha* en sus ediciones del 21 de noviembre de 2003 y en *La Lupa* de homenaje del 18 de setiembre de 2009.

11. *Ibidem*, p. 59.

12. José Pedro Barrán, “El primado de lo subjetivo”. Texto identificado en el archivo informático del computador de Barrán, no incorporado en la antología del libro *José Pedro Barrán. Epílogos y legados*, cit.

posmoderno” y su subjetividad– mantuvieron una relación dialéctica, de efectivo ida y vuelta, con los acentos de su última visión sobre la disciplina y el oficio del historiador. Esa pista puede seguirse, entre otros textos, desde el análisis de un trabajo inédito que aparece en la versión que conocemos con un título algo curioso en Barrán: “Problemas de la historiografía (uruguaya) contemporánea. Algunos rasgos externos que reproducen, en el Uruguay, a veces insuficientemente, los de la historiografía occidental contemporánea”.¹³ En dicho texto Barrán podía condensar y sintetizar un compendio de perfiles que apuntaban en la dirección de lo que podríamos señalar como una codificación de algunos de los valores que más resaltaba como propios de una Historia de buena calidad y efectivamente contemporánea: “la calidad de nuestro trabajo depende más tal vez de nuestras preguntas al pasado que de las respuestas que en él hallemos”; resulta importante registrar “la nueva relación a construir entre el sujeto y el objeto del conocimiento (como forma de enfrentar) los problemas de la objetividad”; la reafirmación del anacronismo como “el pecado mayor del historiador”; el registro preciso acerca de las implicaciones de los “nuevos paradigmas interpretativos, algunos antimarxistas, otros de un marxismo renovador y pleno de heterodoxia, todos tendientes a rescatar la vida de los sujetos históricos reales y concretos para la Historia, a insistir en que la historia de las estructuras no alude a los hombres reales y a que estos no son un mero juguete de las estructuras de dominación”; la revaloración de “la lectura minuciosa y del análisis filológico de la documentación”; “el leer más que el contar y el narrar tanto o más que el graficar”; la especificidad en la narración histórica de “un espacio para lo imprevisible, para la libertad de los sujetos históricos reales, un espacio para el poder y otro para las resistencias y aun la creatividad de los de abajo”.^{14 15}



13. José Pedro Barrán, “Problemas de la historiografía (uruguaya) contemporánea. Algunos rasgos externos que reproducen, en el Uruguay, a veces insuficientemente, los de la historiografía occidental contemporánea”, texto identificado en su archivo informático, incluido en forma completa en la antología de sus textos citada, pp. 15 y ss.

14. *Ibidem*. Todas las aseveraciones registradas estaban destacadas en negrita en el texto de referencia, que probablemente haya servido como apunte de base para una conferencia. Como recordamos y hemos podido confirmar en el relevamiento de su archivo, sus conferencias -que Barrán no leía- no eran nunca improvisadas. Presentadas con la frescura y las inflexiones de un estilo coloquial que cautivaba a sus auditorios, tenían sin embargo tras de sí una fuerte preparación, lo que a menudo se traducía en textos elaborados que luego no publicaba. En más de una ocasión confió a sus amigos que antes de sus exposiciones públicas siempre se sentía nervioso y desafiado, lo que sin duda costará creer para quienes alguna vez lo escucharon.

15. En otro fragmento del texto mencionado, Barrán refería de manera crítica algunos claroscuros de la práctica profesional de los historiadores y científicos sociales contemporáneos: “La frecuencia de encuentros académicos, desde congresos a diversos tipos de jornadas se ha hecho tan habitual en el mundo académico occidental que algunas de sus

Nacionalismo y hedonismo, Pivel Devoto y Real de Azúa.

En el plano específico de sus trabajos en la disciplina, en esas dos décadas Barrán tuvo una producción descollante.¹⁶ Pero en particular en los últimos años, emergieron de manera tal vez paralela dos tópicos que sin ser nuevos en su obra, sí reconocieron en ese último tiempo un acento distinto que no ha sido –creemos– suficientemente registrado: el reconocimiento del batllismo como el “*sostén político*” de una “*moral hedonista*” que a su juicio vertebraría a la sociedad uruguaya del siglo XX y la reafirmación argumentativa (y podríamos agregar emocional) de un marcado nacionalismo “*uruguayo*” y hasta “*uruguayista*”. Sobre este segundo tema, debe remitirse a una lectura atenta de sus informes e intervenciones ante el Parlamento a propósito de un proyecto de ley presentado en el año 2005 por el entonces Senador Julio María Sanguinetti,¹⁷ en el que se proponía una revisión del calendario de celebraciones patrias, lo que venía a significar un replanteo de la vieja discusión en torno al 25 de agosto como la fecha de la Independencia Nacional.¹⁸ En esa ocasión ambos fuimos convocados por la Comisión de Cultura del Senado, requiriéndonos la opinión a propósito del tema y del proyecto. Recuerdo muy bien que defendimos posturas distintas, lo que no resultaba una novedad pues muchas veces antes habíamos discutido sobre el punto.



consecuencias se han sentido hasta en el excéntrico Uruguay. Se han señalado ventajas y desventajas de esa transformación de los científicos, sociales y “duros” en globe-trotters. El intercambio de información, orientación, la puesta al día, es, naturalmente, la cara positiva del fenómeno. La transformación del producto final de la investigación en breves ponencias preparadas a veces aceleradamente para esos congresos en detrimento de la concentración intelectual mayor que exige el libro, el tiempo gastado en viajes y reuniones en detrimento de la necesaria reflexión y la (ausencia de una) lectura sin urgencias, son consecuencias obviamente negativas que deberían, también, apreciarse”.

16. Un análisis sumario de su extenso currículum puede verse en el texto ya citado: Caetano, “Barrán o la Historia como hazaña de la libertad”, en *José Pedro Barrán. Epílogos y legados*, pp. 194 a 201.

17. Barrán mantuvo una relación muy cordial con el expresidente Julio María Sanguinetti, la que nunca se dañó por sus diferencias políticas o ideológicas. En su archivo personal hay varias cartas intercambiadas entre ellos, que dan cuenta además de un fuerte respeto intelectual y una consideración mutua. El Dr. Sanguinetti ha sido un lector muy sistemático de la obra de Barrán. Por ejemplo, en dicho archivo figuran dos cartas personales que le dirigiera en ese carácter, la primera fechada el 28 de abril de 1987 cuando era Presidente, y la segunda fechada el 1º de noviembre de 2008. Ambas cartas fueron escritas a propósito de sus comentarios sobre dos de sus libros: el tomo 7 de la colección *Batlle, los estancieros y el Imperio Británico, Lucha política y enfrentamiento social. 1913-1916*; e *Intimidación, divorcio y nueva moral en el Uruguay del Novecientos*. Ambas comunicaciones contienen comentarios muy detallados sobre los dos libros mencionados. Sanguinetti fue además uno de los muy pocos dirigentes políticos que asistió al velatorio de Barrán, en el Paraninfo de la Universidad de la República, en la mañana del 12 de setiembre de 2009.

18. Cfr. “*José Pedro Barrán. Epílogos y legados*”, pp. 115 a 138.

Barrán no ocultaba que en este punto heredaba de manera muy consciente y asumida buena parte del modelo piveliano. Esto no solo significaba compartir muchas –no todas– las visiones interpretativas de su viejo y querido maestro. También comportaba para él recoger los fundamentos emocionales de esa postura en tanto una manera de proyectar un creciente apego propiamente nacionalista al Uruguay. Es sobre este último punto que me gustaría enfatizar el análisis. Más allá de la persistencia de muchas de las argumentaciones y fundamentos de su posición sobre el origen del Estado oriental,¹⁹ lo nuevo en este último tramo de la trayectoria intelectual de Barrán fue la reiterada explicitación pública de una creciente y afirmada adhesión al Uruguay, un orgullo nacionalista que siempre lo había acompañado pero que se acrecentó en esta última etapa. En ocasión de su último discurso al recibir el Gran Premio a la Labor Intelectual, pudo expresar este sentimiento de una manera inolvidable:

Quiero agradecer sobre todo a un hombre que fue mi maestro, Pivel Devoto, de él aprendí muchas cosas, [...] (entre ellas) el amor a mi país. Pivel decía, usando una metáfora, que la vida de Oribe era la de un junco pintado de hierro. Queriendo decir que era un hombre débil el que se aferraba a la ley, porque era lo que le daba a él fortaleza, que en sí mismo no la tenía. Y el Uruguay es igual, pero no está pintado de hierro, es un junco con hierro y es muy difícil doblegarnos entonces. Eso me lo transmitió él y siempre que pienso en mi país, en todo lo que le debo, incluyendo esto, me emociona.^{20 21}



Adviértase la significación profunda de esa vieja descripción de Maillifer sobre Oribe, en la que se destacaba el apego estricto al derecho como una condición primordial de la identidad de los países pequeños, en especial en sus vínculos con los países poderosos. Barrán siempre reconoció a Pivel Devoto como su maestro y le dedicó varios de sus libros, tanto en conjunto con Nahum como en solitario. En la casi totalidad de

19. Sobre este punto Barrán había polemizado en 1975 (el terrible “*Año de la Orientalidad*”) nada menos que con Carlos Real de Azúa, a propósito de lo que este último entendía como producto de “la poderosa influencia de Pivel sobre ustedes”, que en su perspectiva había generado una “adhesión incondicional a la antigüedad del independentismo uruguayo...” Para seguir el muy rico intercambio de cartas entre Barrán y Real de Azúa, cfr. Varios, *Las brechas en la historia. Tomo 1. Los períodos*. Montevideo: Ediciones de Brecha, 1996, pp. 189 y ss. (“*Real de Azúa-Barrán. Una polémica rescatada del olvido*”, introducida y comentada por Jaime Klaczko.)

20. José Pedro Barrán, *Discurso de recepción del Gran Premio a la Labor Intelectual*, Teatro Solís, 5 de agosto de 2009. Incluido en la antología documental de *José Pedro Barrán. Epílogos y legados*, pp. 187 a 189.

21. Véase el tramo final de la entrevista de Salvador Neves a Barrán, “*José Pedro Barrán, Gran Premio a la Labor Intelectual 2009. “¿Qué me venís con el Virreinato!”*”, en *Brecha*, Montevideo: 7 de agosto de 2009, “La Lupa”, p. III. Allí Barrán explicita con mucha claridad y humor los fundamentos y la fuerza de su postura nacionalista.

sus últimas intervenciones lo mencionó especialmente, destacando en particular esa filiación “uruguayista” que heredó de él. Cuando Pivel murió en febrero de 1997, Barrán le dedicó un hermoso texto titulado “Recuerdos”, que fue publicado en *Brecha*:

Su pasión fue el Uruguay –escribió allí en un obituario intimista y emocionado–, la defensa de sus intereses, de su cultura, de lo que creía el ser nacional, que siempre describía original, diferente sobre todo del argentino, señalándoles a los que decían tener nostalgias de la Patria Grande, lo molesto que nos hubiera resultado el ser gobernados por un Perón o un Onganía (...).

Y aunque en su texto Barrán admitía en relación a Pivel que “la uruguayidad fue lo único que, creo, lo encegueció como historiador”, no dudó en destacar con gratitud que nunca había conocido “a nadie que tuviera tal sentido de la dignidad nacional, tal orgullo de ser uruguayo como él”.²²

Resulta importante registrar este vínculo entre ese reforzado nacionalismo de Barrán y su recuerdo emocionado de Pivel, cada vez más fuerte y cariñoso. Él mismo se encargaba de insinuar la explicación de esta filiación al concluir el obituario de su maestro: “Creo que, y por diferentes y complejas razones, los uruguayos no podemos ser buenos parricidas y a eso se deben ciertas continuidades, perversas o no. Lo cierto es que siento una inmensa admiración por Pivel; en realidad, he querido mucho y le debo mucho al más grande los historiadores uruguayos”.²³

Junto a esa reafirmación nacionalista que tanto tenía que ver con su admiración por Pivel Devoto, en sus últimos años Barrán también pudo dar “una vuelta más” a sus análisis profundos en torno al primer batllismo de Batlle y Ordóñez y su legado para la historia uruguaya de más “larga duración”. En su última investigación, sobre la que él decía que versaba “exclusivamente sobre el nacimiento de la moral hedonista en Uruguay”,²⁴ uno de los ejes centrales de la indagatoria se centró en la hipótesis del batllismo como “sostén político” de esa decisiva fundación en la historia uruguaya. Como el propio Barrán indicó, la hipótesis no era novedosa, pero sí lo era el encare y la formulación argumentativa que hacía de la misma, lo que venía a replantear de manera innovadora una vieja discusión de fuerte relevancia ideológica y de interpretación

22. Para leer el obituario escrito por Barrán ante la muerte de Pivel, ocurrida el 11 de febrero de 1997, cfr. José Pedro Barrán, “Recuerdos”, en “Juan Pivel Devoto. Un protagonista de la historia”. *Semanario Brecha*, Montevideo, 14 de febrero de 1997, p. 17.

23. *Ibidem*. Le escuché decir muchas veces a Barrán que “el único historiador” era Pivel, que el resto, él incluido, éramos “investigadores”.

24. Véase José Pedro Barrán, “Uruguay, una sociedad hedonista”. Texto incluido en la antología de José Pedro Barrán. *Epílogos y legados*, pp. 67 y ss.

histórica en el país. “Fue el Uruguay del Novecientos, –señalaba al respecto Barrán en un texto titulado “Uruguay, una sociedad hedonista”–, es decir, el que comenzó en el siglo XX y se arrastró hasta los años treinta, el que vio aparecer y consolidarse esta nueva moral, y fue el batllismo en su vertiente ética más radical, el sostén político de ese hedonismo, así como la Iglesia Católica su más formidable antagonista. (...) Afirmer lo precedente no es original. Ya en 1964, Carlos Real de Azúa, el más brillante de nuestros ensayistas, había reprochado al primer batllismo ser el origen de la cultura hedonista que informaba al Uruguay de su tiempo, con su condena del “sacrificio” y el “deber” como valores supremos y su ensalzamiento de la “vida fácil” y los “derechos”. Para Real eso había ablandado el cuerpo moral de la nación y debilitado tempranamente el proceso de acumulación capitalista, dificultoso o imposible en una sociedad que legitimaba los reclamos por sobre las exigencias, idea esta última que había enunciado José Irureta Goyena hacia 1917-19, el líder de los terratenientes. En Real el reproche no tenía necesariamente un tono social conservador, aunque su argumentación fue luego usada por el Presidente Bordaberry. Pero en el pasado habían sonado las mismas notas en las voces de las clases altas y la Iglesia opuestas a ese primer batllismo. Fueron ellos los primeros en adjudicar al batllismo la difusión de la ética que privilegiaba los ‘derechos’ sobre los ‘deberes’.²⁵

Barrán insistió sobre este tema, advirtiendo sin duda la relevancia conceptual que tenía su posición. Su acercamiento a la investigación de los asuntos de la moral pública y privada entroncaba con la sólida fortaleza de su conocimiento en torno al primer batllismo y su época, lo que le permitió un abordaje múltiple y persuasivo en torno al tema. Sus reflexiones a este respecto fueron presentadas de manera específica –como se verá más adelante– a través de las páginas de su último libro, *Intimidad, divorcio y nueva moral en el Uruguay del novecientos*. Sin embargo, también tuvieron una expresión destacada en su libro anterior sobre *Los conservadores uruguayos (1870-1933)*, publicado en el 2004, así como en el muy interesante prólogo que le hizo a la segunda edición de *El impulso y su freno*, publicada en el 2007. En la presentación de sus ideas sobre este asunto, Barrán eligió una vez más el recurso de una interlocución imaginaria con Carlos Real de Azúa, a quien siempre admiró pero con el que muy a menudo discrepó, como ya se ha visto. No fue casual entonces que este duelo argumentativo reapareciera cuando sus investigaciones sobre el batllismo y sus reflexiones en torno a la contemporaneidad de muchos de los procesos del 900 convergieran nuevamente en la indagatoria sobre la dimensión moral de la vida de los uruguayos. Ello agregó potencia y persuasión a sus argumentos, así como a la presentación general del asunto en debate.

25. *Ibidem*.

En su libro sobre los conservadores, Barrán señaló a propósito de las requisitorias antibatllistas de Real en su texto clásico de *El impulso y su freno*:

Carlos Real de Azúa reveló una sensibilidad similar a la de los conservadores de los años veinte y treinta, grupo al que adhirió en sus años juveniles. En su caso, la concordancia también se explicaría por su matriz católica y cierta apuesta personal a la moral del sacrificio (...). Desde este exclusivo ángulo, el de los valores y la mentalidad, un joven burgués proclive al fascismo no tenía que hacer un recorrido excepcional para llegar a la izquierda revolucionaria. Ambos extremos rechazaban lo mismo con vigor probablemente similar: la democracia liberal, el parlamentarismo y, sobre todo, la vida fácil y segura en oposición a la entrega a causas que trascendieran al individuo y tornaran virtuoso “vivir peligrosamente”. Y tal vez sea desde esa precisa perspectiva que el batllismo mejor se diferenciaba de la derecha y la izquierda. Para ambas fuerzas el batllismo era una combinación despreciable de vulgaridad mesocrática y apuesta del sujeto a la antiheroica seguridad.²⁶



El mismo Barrán, al prologar la segunda edición de esta obra de Real de Azúa en el año 2007, abundó nuevamente sobre el particular, con un grado de especificidad que resultaba sin duda revelador de la investigación que por entonces estaba terminando:

Este Marqués de Bradomín (se refería a Real de Azúa) intelectual, feo y ascético, era el escritor nacional mejor dotado para descubrir y repudiar al “hedonismo” uruguayo que atribuyó, en sus orígenes, al batllismo. El acostumbamiento tanto de los sectores populares como de los altos al paternalismo de Estado, sus incapacidades para el sacrificio en aras de ideales colectivos y aun de clase que trasciendan lo individual, son ciertamente rasgos que calan hondo en la mentalidad colectiva que comenzó a forjarse en la prosperidad del Novecientos y que solo un hombre que sentía en profundidad la ética del deber y de la culpa podía entrever. Hoy deberíamos (...) advertir que ese “hedonismo” uruguayo es nada más y nada menos que el resultado de una sociedad tempranamente secularizada, de un pueblo de inmigrantes en que el ascenso social se transformó en el ideal colectivo, y en que el único sacrificio posible y natural era el individual en pro de sí mismo y de su familia. De esta manera la responsabilidad del batllismo se atenuaría y hasta quedaría sumergida dentro de hechos mayores que la contienen y la explican.²⁷

26. José P. Barrán, *Los conservadores uruguayos (1870-1933)*. Montevideo: EBO, 2004, p. 136.

27. José P. Barrán, “Carlos Real de Azúa”, prólogo de la segunda edición de la obra de Real de Azúa, *El impulso y su freno y otras páginas*. Montevideo: EBO, 2007, p. 8.

El contraste a la distancia entre las visiones de Real de Azúa y Barrán se vuelve sin duda apasionante, en particular respecto a un tema tan intrincado, complejo y a la vez decisivo como el de calificar el ideal moral de una propuesta política. Cuesta no coincidir con Barrán en su certera crítica y en su precisa explicación acerca de las razones del antibatllismo visceral del libro de Real de Azúa de 1964, tal vez demasiado “*hijo de su tiempo*”. Resulta compartible también, a nuestro juicio, la efectiva coincidencia de ambos en registrar como veraz ese “hedonismo uruguayo” tradicional, que no nació pero que se consolidó con el primer batllismo, de la mano del Estado providente y paternalista, de la ampliación de derechos en ocasiones sin la contraparte de obligaciones correspondientes, de la exaltación de los valores de la “seguridad” y el rechazo instalado al “riesgo” y a las exigencias de la asunción plena del “conflicto”, en especial de aquel más estrictamente radicado en la sociedad. Puede coincidirse además respecto a que este fenómeno social provenía de una historia más larga y colectiva, que era más fruto de la consecuencia de procesos sociales como los de la temprana secularización, las oleadas inmigratorias también precoces y expandidas sobre “un territorio vacío abierto al poblamiento,” la evolución de la estructura demográfica del país desde fines del siglo XIX y en particular desde el 900 en adelante, entre otros.

Pero caben también otras preguntas radicales, en particular si de lo que se discute es de esa “*moral laica*” que trabajosamente comenzó a construirse como soporte de la matriz de ciudadanía predominante en el “largo” 900. ¿Era ella en verdad tan distante de compromisos y deberes, tanto colectivos como individuales? Esa ciudadanía con perfiles republicanos y que hacía un culto de las “virtudes” y “valores” de índole cívica, ¿era poco exigente y pasiva? Esa temprana lucha por derechos, ¿se combinaba en verdad con una proclamada o supuesta “atonía ética” de la población? Todo ese radicalismo político participativo y deliberativo que impregnaba el modelo político defendido por el primer batllismo, más allá incluso de sus contradicciones, ¿apuntaba a un ideal de ciudadanía en repliegue, únicamente interesado en la suerte individual y familiar? Incluso en el plano de los debates más vinculados con asuntos de moral privada, como el divorcio, la protección de la madre soltera y de los hijos naturales, los debates sobre los derechos de la mujer o aquellos vinculados con las posturas abolicionistas o reglamentarias en relación a la prostitución, ¿ocultaban los mismos cobardía cívica o personal, desaparición de la responsabilidad del sujeto, falta de una cultura del deber o pasividad institucional? ¿Era simple *hedonismo fácil* apostar por un vínculo de pareja asentado “en el amor y en la pasión antes que en un contrato jurídico”, como proclamó Domingo Arena en el debate parlamentario de 1912, en torno al proyecto de Ricardo J. Areco sobre el divorcio por la sola voluntad de uno de los cónyuges, luego reconvertido al divorcio por la sola voluntad de la mujer? Reivindicar la legitimidad

de “*la felicidad*” como búsqueda de los cónyuges, del “*placer sexual*” para hombres y mujeres o defender la “*solidaridad social*” como guía ineludible de la acción del Estado, ¿acaso no implicaba una “*moral de exigencias*”?²⁸ Sin duda resultan interrogantes radicales, que mucho tenían que ver con el entramado más profundo de ese viejo/nuevo tema central de la historia uruguaya, que tanto interpeló a Real de Azúa y a Barrán.

Su último libro como despedida

Ya enfermo y con padecimientos físicos muy fuertes, las exploraciones de Barrán acerca de la interioridad más profunda del sujeto se orientaron hacia una indagación radical en torno a temas como el “*amor pasión*”, que él podía emblematizar en la ópera wagneriana “*Tristán e Isolda*”, particularmente en su Acto II. En ese afán, que lo acompañó hasta sus últimos días, precisamente un año antes de su muerte, pudo sorprendernos una vez más con la publicación de *Intimidación, divorcio y nueva moral en el Uruguay del Novecientos*. Fue sin duda su obra más autobiográfica, aquella en la que escribió más en primera persona, con un maravilloso telón de fondo literario y musical, en el que se combinaron como en una fiesta del espíritu Wagner, Flaubert, Stendhal, Céline, Pavese, Duby, Tolstoi, Ibsen, entre tantos otros. Como siempre hacíamos, sus amigos presentamos este nuevo libro como el “penúltimo”, como anticipo del próximo que tanto esperaríamos. Así lo hacíamos a corazón abierto, no sólo para exorcizar las acechanzas de la muerte anunciada, sino porque sabíamos muy bien que Barrán tenía muchos más libros para darnos, que su mente y su sensibilidad estaban en un momento extraordinario, que había alcanzado una increíble maestría en el oficio de historiador y que su sabiduría y su conocimiento habían llegado a fronteras muy singulares. Creo en verdad que él también lo “atisbaba”, por eso su melancolía del final. Quería vivir, tenía proyectos, anhelaba continuar la aventura. Las energías del investigador no solo estaban intactas sino que se encontraban en su mejor momento.

En ese su último libro, con una entereza conmovedora, Barrán de todos modos encaró su despedida, mucho más personal que intelectual. En procura de ese objetivo y desde la utilización de la primera persona del singular, se atrevió a comenzar el texto –y no puedo olvidar aquí su compromiso radical con la escritura– con una intersección que tituló

28. Tuve el gran honor que José Pedro Barrán aceptara ser el tutor de mi tesis de Doctorado ante la Universidad Nacional de La Plata. La misma versó sobre el tema “*Modelos y prácticas de la ciudadanía política. La matriz uruguayo-batllista. (1890-1930)*”, lo que de manera azarosa entroncaba muy fuertemente con el objeto de estudio de su última investigación, que concluyó con su libro sobre *Intimidación, divorcio y nueva moral en el Uruguay del Novecientos*. Ello promovió que pudiéramos discutir mucho en torno a esta temática en cierta medida común, pero a la que llegábamos por itinerarios bien diferentes.

como un “recuerdo personal y (a la vez, una) representación de lo colectivo”:

A veces me pregunto como fue posible que en el momento en que mi intimidad era más densa y reclamante haya escrito solo historia de lo público, de lo macro, de lo económico, lo social y lo político. Y por qué cuando mi vida personal se estabilizó y logró cierto tipo de acuerdo resignado con la realidad, comencé a escribir otro tipo de Historia, preocupada por las mentalidades de los sujetos concretos de carne y hueso que la protagonizaban. [...] De seguro, la explicación de estos aparentes o reales desfases, se halla tanto en el “afuera” como en mí. ²⁹

Desde una escritura en la que dejaba el resto, en la que no se guardaba nada, Barrán podía unir a continuación un texto de Césare Pavese, “La luna y las fogatas” (en el que encontraba las huellas de la aflicción por “tantos años vividos, tantas memorias, desaparecidos [...] en una noche sin dejar rastro”), con la música amada de *Tristán e Isolda*, convertida de pronto en un “recuerdo obsesión”, identificado entrañablemente con su vida. Desde ese sentimiento tan íntimo y desafiante podía confesar, casi en lenguaje cifrado, los rumbos de su angustia.



Yo no podía hacer [literatura como Pavese], pero sí intentar transformar mi intimidad en parte de mi oficio de historiador, en usarla como documento, ... ¿y así vencer al olvido? Me resultaba casi insoportable que uno de mis recuerdos, ¿u obsesiones?, desapareciera “sin dejar rastro”, ese que bien podía ser el hilo conductor de todas las etapas de mi vida. [...] El objetivo final al redactar y comunicar *este* recuerdo, mi relación con el drama musical de Richard Wagner, *Tristán e Isolda*, [...] fue evitar que desapareciera sin dejar ningún rastro ese recuerdo y la pasión con que lo he vivido y vuelto a vivir cada vez que lo oigo como sonido y lo veo como representación en un teatro. [...] A veces llego al absurdo de pensar –pero como lo pienso lo diré, pues ese absurdo da cuenta de la densidad de mi obsesión– que me es insoportable la muerte de ese recuerdo, pues no puedo admitir que con él se vaya para siempre la pasión con que lo he vivido y revivido, como si temiera que el Tristán mismo se empobreciera al borrar el registro de las veces que lo he oído (tantas que no las puedo precisar) y visto en la escena. ³⁰

Como historiador (“confesémoslo, sacerdotes del tiempo”, como él mismo escribió ¿irónicamente? en ese mismo texto), una vez más pero con una radicalidad inédita, Barrán pudo presentarnos nuevamente al “largo” 900 uruguayo como un espejo muy apto para reflejar algunas

29. José Pedro Barrán, *Intimidad, divorcio y nueva moral en el Uruguay...* etc., ob. cit., p. 7.

30. *Ibidem*, pp. 8 y 9. Subrayado del texto original de Barrán.

búsquedas y paradojas bien contemporáneas. Los historiadores suelen tener un período privilegiado en sus investigaciones, un marco cronológico sobre el que más trabajan y al que vuelven en forma reiterada, desde el que interrogan al pasado a partir de sus preguntas más acuciantes. Para Barrán, ese período privilegiado fue sin duda el “largo” 900, como ya antes se ha señalado.³¹ En una de las últimas entrevistas que se le hicieran y que ya hemos citado, Salvador Neves lo interrogó a propósito de la persistencia de su estudio sobre ese período histórico y en la influencia que esa circunstancia podía haber tenido en su vida.

Deben interactuar –respondió–. Probablemente más de lo que yo advierta. Fue hablando con un psicoanalista que me di cuenta de que 1930, la fecha en que había fijado mi propio límite para la investigación histórica, coincidía con la de mi nacimiento, 1934. Para peor el golpe de Estado en el año 33 venía como a confirmar que el mojón aquel era válido. En realidad estaba estudiando el pasado adolescente y juvenil de mis padres; esa es una interpretación psicoanalítica, liviana, que yo hago de mí mismo en relación con mi preferencia por el Novecientos. Y eso influye seguramente en mi percepción del siglo XXI.³²



En su última aventura de indagación histórica, Barrán se arriesgaba como nunca a integrar un “recuerdo personal” con “la historia de lo colectivo”. “La definición wagneriana del amor pasión, “Oh, delicia llena de perfidias”, rondaba cerca del Uruguay de Batlle y Ordóñez”.³³ ¡Y vaya que el riesgo valió la pena y resultó en un relato por demás provocador! Luego de una primera exploración sobre las múltiples implicaciones de la investigación histórica sobre los temas de la moral y la intimidad, en la que llegaba a confesar cómo “el cuerpo, nuestro aliado de siempre, al que llegábamos a identificar con nuestro yo, puede vivirse como un extraño o el enemigo”,³⁴ Barrán se lanzaba a transitar temas que le resultaban tan cruciales como acuciantes. Una reseña de algunos de ellos puede ofrecer más de una pista: la identidad y el derecho al secreto; el derecho de tener una moral personal; la conversión del sujeto en individuo; la posibilidad de que el camino de hurgar sobre lo privado pudiera volverse una vía idónea para comprender lo público; la emergencia de lo íntimo como escenario de rebeldías frente a la dimensión de lo comunitario o del Estado; los múltiples vericuetos de un cambio de moral privada;

31. En conversaciones personales y hablando de este tema, Daniel Gil me ha señalado que Lacan habla del “*fantasma fundamental*” en relación a algo muy parecido que también ocurre en el trabajo de los psicoanalistas.

32. “José Pedro Barrán, Gran Premio a la Labor Intelectual 2009. “¡Qué me venís con el Virreinato!” en *Brecha*, Montevideo, 7 de agosto de 2009, “La Lupa”, p. III.

33. Barrán, *Intimidad, divorcio y...* etc. ob. cit. p.18.

34. *Ibidem*, p. 31.

los contornos originarios de una “*moral hedonista*” en el Uruguay; entre otros muchos.

Desde una hoja de ruta tan exigente y suscitadora, con el rigor y la maestría de siempre en el ejercicio del oficio, podía devolvernos un descubrimiento central: la reforma más importante del Novecientos y del primer batllismo, la que cambió al Uruguay por lo menos por un siglo y alcanzó a dejar su impronta en sus adversarios, fue la “reforma moral”. Pero el reformismo, contestado e influido también por sus opositores, debió también pactar en este campo del pleito por la moral, privada y pública, devenida así en una de las claves principales –sino la principal– del discurrir de toda una sociedad.

A partir de observatorios privilegiados como los grandes debates en torno al divorcio, la moral laica y las fronteras borrosas entre lo público y lo privado, entre el registro afinado del “silencio piadoso” y del “secreto prudente”, Barrán podía ofrecernos finalmente un “hilo de Ariadna” con el que intentar entrelazar “la nueva moral privada del Novecientos y la actual”.

Que hoy convivan –concluía en un capítulo final poco usual en su estilo, dedicado a volcar sus “impresiones” sobre la perspectiva de contemporaneidad que podía proyectar la narración de una Historia del Novecientos sobre la sociedad actual– diversos ideales de vida y conductas, no significa que hayan dejado de existir los dominantes. Y en este plano, creemos que la nueva moral privada del Novecientos constituye la base de la moral y los comportamientos privados actuales. (...) Con su afirmación de un individualismo extremo el hombre contemporáneo puede olvidar lo que le permitió recorrer ese camino, los presupuestos sociales, económicos, culturales y políticos que permiten su “egoísmo”, y confundirlos con la conquista de la libertad absoluta, la que a veces, parece contener una alta cuota de ilusión. (...) pero al historiador lo único que le corresponde es comprobar que el derecho a ser cómo se es o como se quiere ser, forma parte del intento de liberación del individuo, básico en la historia de Occidente.³⁵

Una vez más pero tal vez más que nunca, con inequívocos trazos de autobiografía, Barrán podía “frotar la lámpara” del viejo Novecientos para devolvernos imágenes reconocibles e interpelantes, con su relato y sus preguntas invitándonos a animarnos a pasar “al otro lado” de un fascinante –y por qué no, también intimidante– “juego de espejos”. Desde el coraje intelectual y personal de utilizar y trabajar la propia vivencia de la intimidad como si fuera un documento, esa forma tan singular de entrelazar la vida y el oficio que caracterizó su último periplo, el historiador podía aportarnos no solo pistas para una reflexión radical sino

35. *Ibidem*, pp. 323 y 324.

también la exigencia –comprometida y comprometedora– de un pensamiento verdaderamente libre.

Compromisos y confesiones

Sus últimos años estuvieron pautados también por confesiones y compromisos. De las primeras pueden encontrarse pistas interesantes en varios reportajes en los que en verdad pudo vencer su timidez y encarar de una manera renovada una introspección intensa sobre distintas facetas de su trayectoria y de sus ideas. En relación a los segundos, resultan emblemáticos su pasaje por el CODICEN, su aceptación para ser supervisor académico de la investigación sobre el destino de los detenidos desaparecidos y también su actuación como representante de la Universidad de la República en la Comisión Honoraria del Sistema Nacional de Investigadores.

De modo muy especial, su aceptación a participar en la dirección del sistema educativo a partir del año 2005, como Vicepresidente del CODICEN, resultó para él una decisión muy difícil. Quienes fuimos sus amigos sabemos bien del gran sacrificio personal, físico, que implicó su decisión, la que tomó como una obligación cívica que le debía a la enseñanza pública y frente a la que, más allá de sus preferencias y circunstancias personales, no podía sino comprometerse a pleno. Desde ese sentido de compromiso público fue que afrontó esta nueva instancia de actuación en la dirección de la educación, en el marco de una experiencia que nunca había hecho y en circunstancias personales especialísimas. En el desempeño de esta función siguió siendo el mismo de siempre, aportando, pensando y opinando con total libertad, inspirado en el objetivo de forjar una educación más libre y de mejor calidad. En este marco, debe señalarse con especial destaque sus esfuerzos firmes por defender la laicidad más que nunca y, al mismo tiempo, de forma por demás coherente, reivindicar la necesidad de la enseñanza de la historia reciente con el mayor de los pluralismos, en correspondencia plena con los valores republicanos y democráticos. Esos principios formaron parte de sus convicciones más profundas e irrenunciables en su actuación en el CODICEN.

Su defensa de la laicidad era enfática y se asentaba en una jerarquización de ese principio como una de las referencias definidoras de la mejor historia de la educación uruguaya. Le complacía coincidir en este destaque con su maestro, Juan Pivel Devoto, quien había insistido en la defensa de este mismo principio como Presidente del Codicen durante la primera administración democrática posterior a la dictadura.³⁶ Su celo



36. Al respecto, véanse los textos seleccionados en la antología documental del libro *“José Pedro Barrán. Epílogos y legados...”* etc. ob. cit, pp. 99 a 113, vinculados con su actuación como vicepresidente del CODICEN.

sobre este tema lo llevó a definiciones en verdad radicales. En este sentido, cuestionó la existencia de conflicto o contradicción entre los principios de laicidad y de libertad de cátedra. A su juicio, ambos debían armonizarse pues tenían “por objetivo asegurar la libertad: (...) la libertad del educando (...) de formarse su propio criterio frente al a menudo gravitante profesor” y “la libertad del docente frente a las múltiples caras del poder”. Pero también fue este mismo apego por la laicidad como principio vertebrador el que lo llevó a cuestionar ciertas propuestas de articulación entre “la educación en valores” y la “educación de la sexualidad”, frente a las que advirtió: “... educar en pro de determinados paradigmas de “moral privada” definidos de antemano por la autoridad y desde fuera del educando, es convertir la sumisión en objetivo de la educación, o sea negar a la vez la democracia y la libertad”.³⁷ Incluso en clave más polémica, su adhesión a la laicidad lo llevó en aquellos años a reivindicar en forma pública la necesidad de conciliar los derechos de los niños y de sus padres frente al hecho educativo, al tiempo que señaló “la superioridad del principio laico en la educación” ante ciertas tendencias “peligrosas” de “cierto tipo de enseñanza privada, como la confesional”.³⁸

Pero más allá de polémicas, lo que inspiraba sus mayores preocupaciones como autoridad de la enseñanza volvió a ser la defensa de la libertad, promovida en forma casi obsesiva. Ello podía percibirse en su celo en torno a la laicidad, como vimos, pero también en sus énfasis sobre la necesidad de la enseñanza de la historia reciente o en su firme promoción de la capacitación más profunda de los docentes.

Cualquier alumno lo sabe -decía Barrán en 2005-: la base de la buena enseñanza, del aprendizaje que ha dejado huellas en el recuerdo de la mujer y el hombre maduros, de esa educación que ha servido a la construcción de ciudadanos críticos, es el docente concreto, de carne y hueso, que nos tocó en suerte. Apostar al docente, más allá de programas y planes de estudio, es la clave, es volver a la realidad última de toda enseñanza. Por eso, formar a los docentes es la actividad pedagógica más importante y cargada en consecuencias. Formarlos en el conocimiento, en la capacidad de transmitirlo y recrearlo, [...] en el respeto por la libertad intelectual del alumno y la comprensión de que éste es una persona y no un mero receptáculo... [...] Únicamente el docente intelectualmente insatisfecho es capaz de enfrentar los desafíos del mundo actual: un conocimiento en continua expansión, una tecnología tan desbordante de información

37. *Ibíd.*, p. 107. Este es un texto escrito entre 2005 o 2006 que vale la pena leer en su totalidad. Formaba parte de una crítica dura pero respetuosa en torno al “*Documento de Referencia para una Experiencia de Educación en Valores*”, aprobado por el anterior CO-DICEN el 7 de febrero de 2003. Cfr. *ibíd.*, pp. 105 a 108.

38. Algunas afirmaciones de Barrán ante la prensa sobre estos temas llevaron al entonces senador nacionalista Gustavo Penadés a realizar un pedido de informes que fue contestado de inmediato. Cfr. *ibíd.*, pp. 109 a 113.

como avara en valores, una sociedad tan fragmentada que ya no se enfrentan solo las clases sociales sino también diversas subculturas. Y este mundo del presente, recordémoslo, informa tanto a los alumnos de ese docente como a él.

En un sentido similar, también debe destacarse la significación de su compromiso con la investigación colectiva sobre el esclarecimiento del destino de los detenidos-desaparecidos y de los niños secuestrados durante el período de la dictadura y del terrorismo de Estado, investigación coordinada por el Dr. Alvaro Rico y que en forma conjunta supervisamos académicamente a invitación de la Presidencia de la República.³⁹ En esa tarea compartida, pudimos ver una vez más en Barrán esa vocación por la defensa de la verdad y de la libertad frente a todo poder, viniera de donde viniera. De allí lo absurdo de algunos agravios que recibió en los últimos años, que en forma absolutamente injustificada pretendieron asociarlo con una visión sesgada y “hemipléjica” sobre la Historia reciente y su enseñanza.

Y aunque no se sentía capaz en esas tareas, su labor también resultó de fundamental importancia en la primera implantación del Sistema Nacional de Investigadores del Uruguay, integrando la inicial Comisión Honoraria del SNI en representación de la Universidad de la República. Ya tenía el antecedente de haber formado parte de la Comisión Honoraria del Fondo Nacional de Investigadores desde 1999. En ambas instancias, pudo sumar su prestigio pero también su trabajo riguroso en una labor de construcción institucional de relevancia estratégica para el país.⁴⁰

Pero en cualquier caso, el último periplo intelectual y personal de Barrán confluye ciertamente en la idea-fuerza que dominó en verdad su trayectoria final: la defensa más acendrada de las libertades como el valor superior y a la vez como el prisma privilegiado para interpelar tanto al pasado como al presente. Era la culminación de su largo peregrinar como historiador y también como intelectual-ciudadano. Una auténtica obsesión en torno a este punto se cuela permanentemente en sus últimos escritos y discursos. De ese modo, no podía sorprender que al hablar de la Historia de las mentalidades colectivas, deslizará al pasar que “toda buena historia (era) también un combate por la libertad”, al tiempo que explicitara su recelo a la visión acerca de que una mentalidad colectiva establecida pudiera ser percibida como “una prisión de la que nadie puede escapar”. En esa

39. “*Investigación Histórica sobre Detenidos Desaparecidos. En cumplimiento del Artículo 4º de la Ley 15.848*”. Tomos I a IV. Montevideo, Presidencia de la República, 2007. (Coordinador: Alvaro Rico; Supervisión Académica: José Pedro Barrán y Gerardo Caetano).

40. Para calibrar la calidad de su trabajo en estas dos instancias puede consultarse el trabajo de Rafael Radi, “*El rigor científico y la libertad*”, en “*José Pedro Barrán. Epílogos y legados*”, ob. cit. pp. 265 a 270.

misma dirección, tampoco vaciló en aceptar la eventualidad del “sin sentido” del devenir colectivo si esta era la premisa para el registro de márgenes más amplios de libertad individual. “Sea bienvenido el sin sentido del devenir colectivo si deriva del margen de libertad de los sujetos históricos concretos”.⁴¹

En el reportaje que le hicieran Vania Markarian y Jaime Yaffé para el volumen inaugural de la revista *Contemporánea*,⁴² Barrán volvió con fuerza sobre esa defensa radical de la libertad, que él vinculaba cada vez más no solo con su visión ideológica sino con sus ideas sobre la Historia como disciplina y con su propia peripecia personal.

Los ideales de la Revolución Francesa para mí, como para la burguesía de aquella época, siguen siendo esenciales, sobre todo el de la libertad del cual derivan todos, porque si no hay libertad, la igualdad y la fraternidad tampoco funcionan. (...) En esto de la libertad soy un liberal. Y esa identificación con la libertad política irrestricta no siempre ha sido propia de la izquierda, al menos de la marxista, por desgracia.⁴³

En la fundamentación de esa convicción Barrán destacaba los aportes de una historia volcada a la indagatoria de la intimidad y de las sensibilidades.



¿Qué quieres que haga un hombre a los 73 años sino algo que le guste hacer, un buceo en el interior de sí mismo? Además, vuelvo al argumento: si ahora describo “interiores” es también porque creo que ellos importan y contextualizan a los “exteriores”. Los historiadores casi nunca pasamos al dormitorio, con sus sueños y pesadillas [...]. Deberíamos oír más a Wagner y no solo leer a Marx. Y leer a Dostoievski. [...] Es que el buceo adentro de otros es un buceo adentro de uno.⁴⁴

Y aunque sea obvio decirlo, esa afirmación cada vez más radical en la libertad como valor primero no se afincaba en un desinterés por lo público o lo colectivo. En ese mismo reportaje, al hablar sobre su trabajo como coordinador académico de la investigación sobre el destino de los detenidos desaparecidos, confesó: “Yo leí todo el material con cierta me-

41. José Pedro Barrán, “*La historia de las mentalidades y sus tribulaciones*”. Le versión completa de este texto está incluida en la antología incorporada en “*José Pedro Barrán. Epílogos y legados*”, ob. cit. pp. 31 a 46.

42. “*José Pedro Barrán: ¿Cómo pude haber escrito esto?*”, en “*Contemporánea*”, Volumen 1, Año 1, 2010, pp. 179 a 194.

43. *Ibidem*, pp. 190 y 191.

44. *Ibidem*, p. 187.

ticulosidad y es pavoroso. El primer día me sentí horrorizado, no podía seguir leyendo... pero alimentaba mi ansia de libertad”.⁴⁵

Creo en verdad que fue esa obsesión por las libertades la que José Pedro Barrán quiso dejar como marca fundamental de su despedida, sin duda consciente pero siempre sobria y circunspecta, como a él le gustaba. En su discurso de aceptación del Doctorado Honoris Causa que le concediera la Universidad de la República el 12 de abril de 2007, Barrán utilizó como base para su exposición el texto de la conferencia con la que había ingresado como Académico de Número en la Academia Nacional de Letras diez años antes. Tomó varios párrafos e ideas de aquel discurso pero también le hizo algunos cambios significativos: renovó el título (que pasó de “La Historia y el discurso del idiota” al de “La Historia como hazaña de la libertad”), cambió los acentos argumentativos y el final, a través de lo que él mismo calificó de una “conclusión menos desencantada”. Este era el párrafo final del discurso que tenía preparado pero que, como siempre, no leyó sino que expuso:

El sentido que hemos asignado tradicionalmente al pasado en el relato histórico con frecuencia ha empobrecido al pasado y al relato, pues los hemos vaciado de indeterminación y conflicto, es decir, de complejidad, diversidad y libertad. Probablemente se aplique a lo colectivo lo que podría decirse de la vida individual: es preferible construirse una vida con sentidos personales o grupales, a vivirla con el sentido que los poderes le asignan. De esta forma, el sinsentido del discurso del idiota se transforma en una lucha por la libertad. Y eso es la historia, una hazaña por la libertad.⁴⁶

Finalmente, en aquella inolvidable y dolorosa noche de despedida en el Teatro Solís, al recibir el Gran Premio a la Labor Intelectual el 5 de agosto de 2009, así terminó mi maestro su discurso, la última enseñanza pública de su largo trajinar:

¿Por qué no ser lo que nunca pasó? ¿Por qué no puede pasar? Ese es el origen de la historia, el cambio, la novedad absoluta. ¿Por qué no pueden en algún momento, sin que la sociedad los estigmatice, amarse dos mujeres, amarse dos hombres o pensar en la sociedad sin clases? Son sueños, pero sueños que a veces la realidad se acerca a ellos y si no lo soñamos, nunca lo que no fue va a ser.⁴⁷

45. *Ibidem*, p. 191.

46. José Pedro Barrán, “*La Historia como hazaña de la libertad*”. Véase el texto completo en “*José Pedro Barrán. Epílogos y legados*”, pp. 181 a 185.

47. José Pedro Barrán, (Discurso de recepción del Gran Premio a la Labor Intelectual), Teatro Solís, 5 de agosto de 2009. Véase el texto completo en “*José Pedro Barrán. Epílogos y legados*”, pp. 187 a 189.

Barrán siempre me aconsejó no terminar los textos con citas. En verdad se me vuelve casi imposible hacerle caso en esta oportunidad, precisamente en relación al fragmento final de su último discurso frente al que no hay nada que agregar. Me impongo, sin embargo, agregar que su vida se cumplió a cabalidad pero que toda culminación también es una irresolución. Siempre hay aperturas posibles en el legado de los grandes. De allí que siga convencido de que siempre habrá un próximo Barrán que nos aguarde, como antes, para sorprendernos.

